

Adiós, Amigo

Por Guillermo Heras

Hoy día 31 de diciembre de 1995, en una esquina de un periódico madrileño leo que has muerto a los 66 años víctima de un cáncer.

Este periódico que ya nos tiene acostumbrados a equivocar continuamente el oficio de director de escena con el de escenógrafo reincide esta vez en la equivocación. Desde luego fuiste un gran autor, quizás uno de los pocos clásicos vivos que nos iban quedando después de las desapariciones de Beckett, Genet o Koltés, pero también fuiste un extraordinario director de escena. Tal vez el periódico recogió la noticia de tu muerte porque en este momento eras director del Berliner Ensemble y como también se señala, ese es el mítico teatro de Bertolt Brecht.

Será difícil que en este, nuestro país, más allá de un grupo de adictos a tu teatro, alguien sienta tu muerte. Y no digo llore tu muerte, porque tu ácido sentido del humor se rebelaría ante una debilidad tan cotidiana. Siempre has sido aquí un maldito, eso que despectivamente llaman un autor minoritario o un autor raro. Dominados por un naturalis-

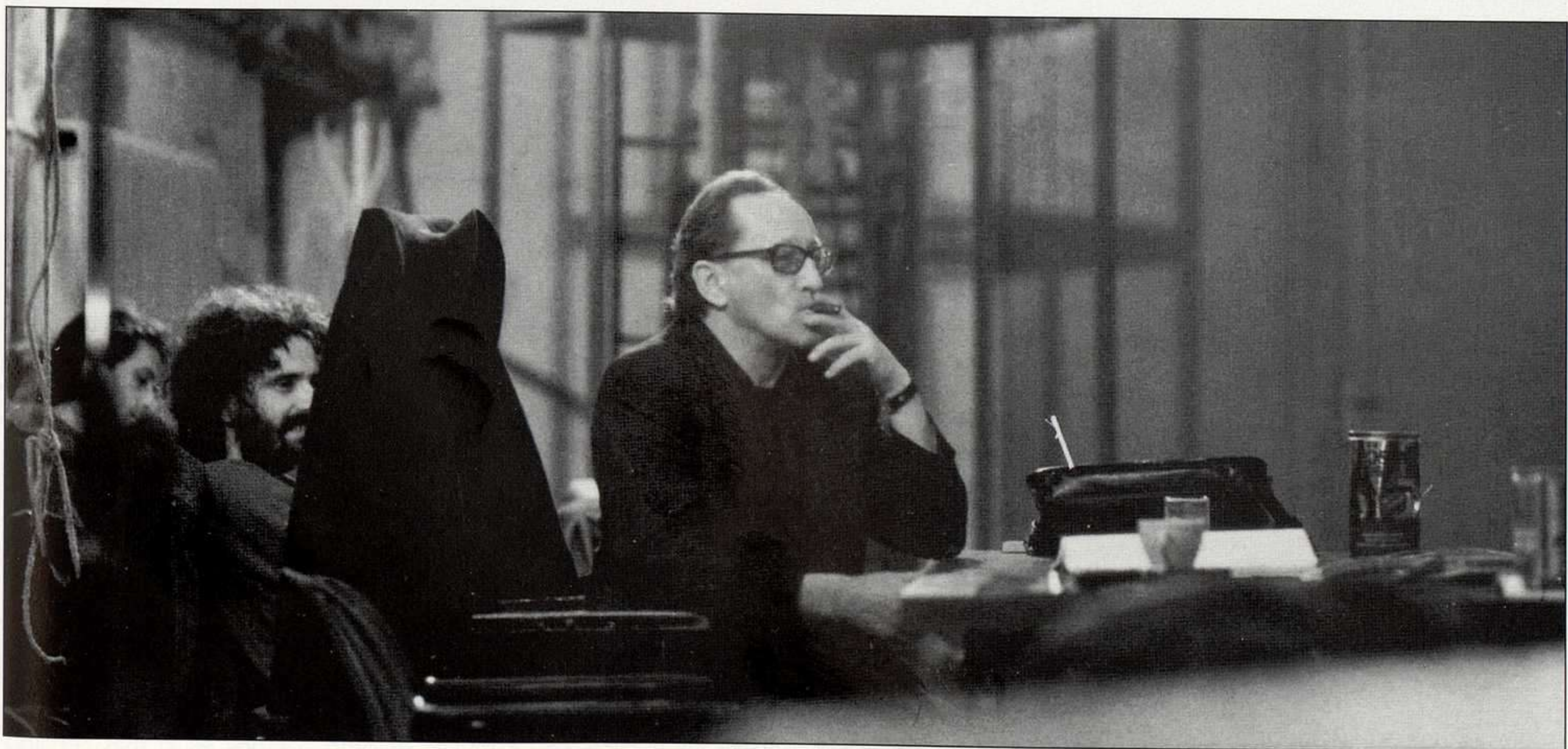
mo ramplón y por unos esquemas dramáticos del siglo XIX, tu teatro para el siglo XXI suponía una excentricidad para todos aquellos que sólo ven en la práctica escénica obviedad, populismo o comercio.

Sin embargo, para muchas personas que aquí siguen haciendo del teatro un arte de resistencia fuiste mucho más que un mito, fuiste una referencia obligada tanto ética como estéticamente. Muy pocos fueron los que se atrevieron a publicar tus obras teatrales o tus escritos teóricos. Entre ellos las revistas *Primer Acto*, *ADE-Teatro* o *Pausa*, curiosamente las mismas editoriales que sacaron los contados libros que tenemos traducidos de tus textos dramáticos.

Algunos creadores españoles se atrevieron a poner en escena tus obras. A esta memoria atropellada me vienen los nombres de Joan Ollé, Espacio Cero, La Tartana, Teatro de la Ribera, Atalaya, Ariel García Valdés, Carmen Portaceli, Eduardo Vasco... casi un círculo vicioso de admiradores fieles a tu alternativa poética. Tu huella también ha quedado patente en algunos autores de las nuevas promociones escénicas, pero lo cierto es

que al igual que en otros países tus obras las ponían en escena los más grandes y conocidos directores tales como Chéreau, Bob Wilson, Terzopoulos, Langhoff, Jourdeuil, y tantos otros, aquí hemos sido los siempre denominados con algún epíteto paternalista - independientes, alternativos, de cámara y ensayo...- los que hemos intentado darte a conocer sin, evidentemente, lograrlo de cara al gran público. Lógicamente tu teatro no pertenece al segmento cultural de consumo, pero de ahí a que en los grandes centros de producción públicos o privados no haya estado representado tu nombre, ni siquiera como una curiosidad, retrata muy bien el panorama del teatro español desde hace ya muchos años.

También hoy estoy triste porque la desgracia ha impedido que algún día nos pudiéramos encontrar. En tres ocasiones estuve a punto de poder tener contigo una charla, para que seguramente me desmontaras toda una serie de fetiches que yo arrastraba sobre tu concepción del teatro. Nunca pudiste acudir a esta cita, ni en Mérida, ni en París, ni en Roma. Cuando yo llegaba siempre pregunta-



Heiner Müller en el ensayo de "Der Lohndrucker". (Diciembre 1987). (Foto: Sibylle Bergemann).



"Heiner Müller-De l'Allemagne". Dirección: Jean Jourdeuil y Jean-François Peyret. Petit Odeón (1983). (Foto: C. Bricage).

ba por ti y los organizadores del congreso me daban una difusa explicación sobre tu ausencia. Siempre sentí envidia y frustración por no poder haber estado en el Petit Odeón del Teatro de Europa entre noviembre y diciembre de 1983, cuando se hicieron unas jornadas teórico/prácticas sobre tu teatro. Aún conservo el programa con esa iconografía tan propia de Gilles Aillaud, con ese cráneo de animal prehistórico, unas gafas y un cenicero repleto de colillas. ¿Alguien te podía retratar mejor?

Repaso mentalmente todos los momentos de placer, y sobre todo de reflexión que me ha producido tu teatro. Páginas de las traducciones de Jorge Riechmann, artículos de Monleón, prólogos de Hormigón, y sobre todo la intensidad de un verano en el que una ciega osadía me llevo a trabajar intensamente con Brigitte Aschwanden en la versión española de *Ribera Despojada. Medea Material. Paisaje con argonautas*, que ella traducía excelentemente del alemán. Ese trabajo marcó muy profundamente mi relación posterior

con el texto dramático y, sobre todo, me permitió aproximarme a un mundo poético abierto y lleno de posibilidades expresivas.

Más allá de estos delirios personales, estoy seguro de que textos como *Hamletmachine*, *Cuarteto*, *La misión*, *Filoctetes*, *Cemento*, *Prometeo* o *Mauser* quedarán en la memoria del mejor teatro de nuestro siglo y que pasará como con otros grandes autores -pensemos en Beckett- que su literatura escénica será más comprendida en el futuro que lo fue en su momento. Tus mismos contemporáneos alemanes tardaron en comprender la escritura mulleriana, algo que yo mismo viví cuando estando en Berlín Oriental a finales de los años 70, me quedé fascinado ante una puesta en escena de tu obra *Der Bau (La construcción)*, en la que sin duda había una clara oposición al estalinismo a través de un montaje lleno de hallazgos de modernidad escénica. Este cóctel parece que no era del agrado de los burócratas del régimen, pero tampoco de la profesión, ni del público alemán de la época, ya que vi la representación

en el enorme edificio de la Volksbühne con una sala prácticamente vacía.

Sin embargo, luego he visto montajes de Wilson o Carbono 14 de tu *Hamletmachine* con salas abarrotadas y públicos tan diferentes como el londinense o el caraqueño aplaudiendo entregadamente a propuestas tan dialécticamente efectivas entre texto y representación. Tal vez esa sea una de las claves del teatro de Müller, su descodificación que como tantas veces él dijo nunca puede ser ilustrativa, sino que cada colectivo debe dar su propia lectura de esa partitura que el autor propone. ¿Eso significa que el autor desaparece? Para nada; significa que el autor encuentra su espacio de una manera similar a la que ocupaba Shakespeare, el gran mentor referencial de Müller. En una entrevista se le preguntaba: «Su autor preferido es Shakespeare. Usted ha traducido muchas de sus obras, versionado y escrito de nuevo. ¿Puede aclarar su predilección?». Y contesta Müller: «Como persona es lo más cercano que tengo. Esto lo experimenté cuando tra-



bajé *Como gustéis* con la fuerte intención de no cambiar nada. Era como si yo trabajara en su cuerpo. Tuve la sensación de una doble sexualidad en la dramaturgia de sus piezas, esa mezcla de movimientos de serpientes y felinos en su lenguaje. Desde entonces, creo conocerlo personalmente. Shakespeare vivía en mejores condiciones de trabajo que las mías, en principio por motivos históricos. Era el tiempo de la transición entre el Medievo y el Renacimiento, una etapa relativamente tranquila. También nosotros vivimos hoy en el cambio, sólo que sin tranquilidad. Por otro lado en ese tiempo no había cine ni televisión, como tampoco separación entre el arte trivial y el arte puro. El teatro era el entrenamiento, tanto para los cultos como para las masas. Tenía, entre otras cosas, la función que tienen hoy las películas pornográficas y los vídeos de horror. Las únicas diversiones que existían, aparte del teatro, eran las ejecuciones públicas y los manicomios al aire libre. Y esa posición de monopolio del teatro se la envidio a Shakespeare.»

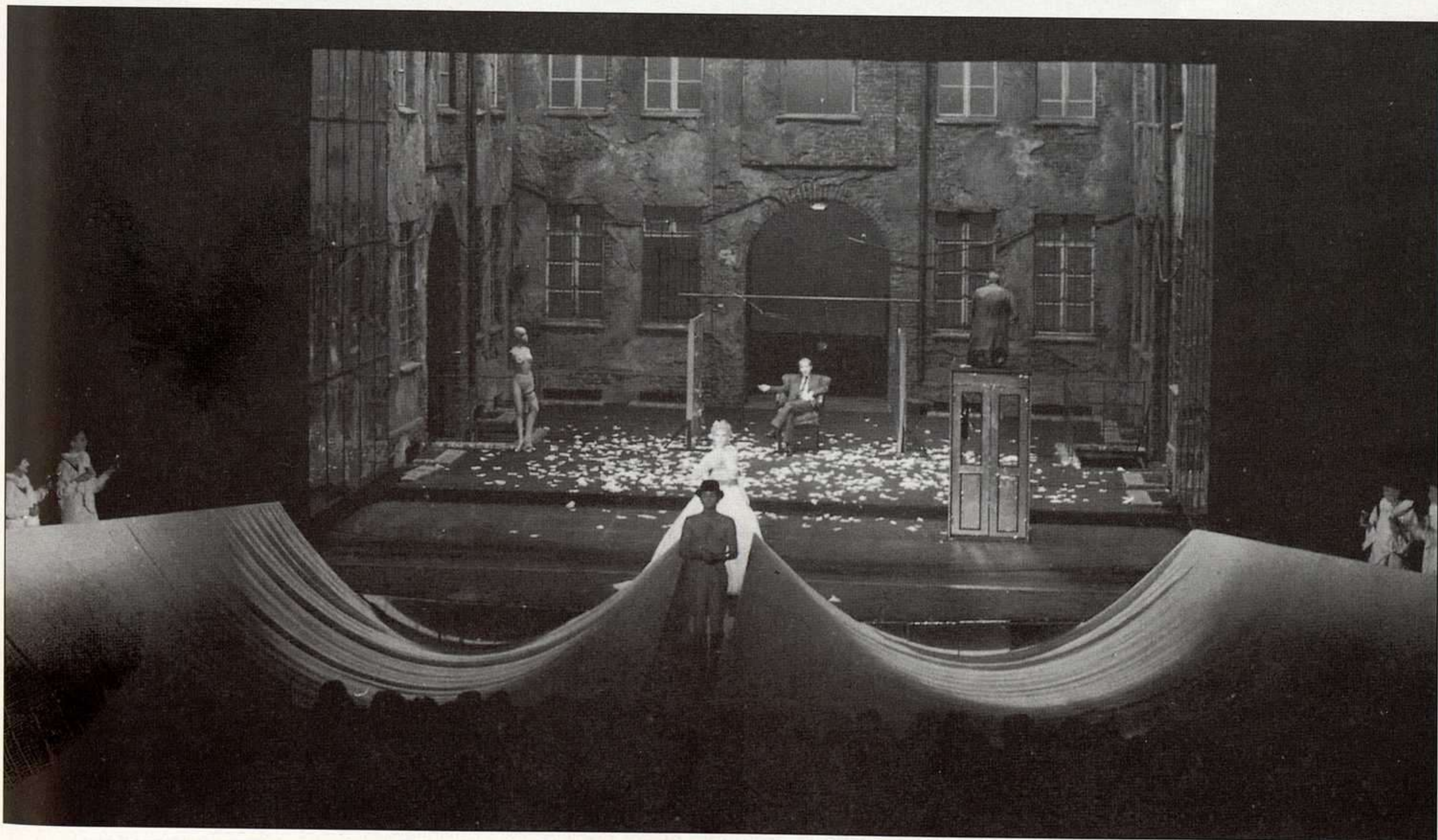
En esta respuesta, como en tantas otras que leímos en tus entrevistas o escritos, la ironía y el sentido del humor prevalece sobre la pomposidad que ciertos seguidores o

alumnos tuyos han querido imponer a tu legado teatral. Nada hay más dañino para el arte de nuestros días que los fundamentalistas que llevan su ortodoxia a extremos ridículos o en el otro lado, los postmodernos de la nada que sostienen que todo es posible sin el más mínimo rigor. Y ambos chocan frontalmente contra tu escritura y tu pensamiento. Hay que tener mucha cultura detrás, desde los grandes trágicos griegos hasta Goethe y Hölderlin, pasando por el cine y la novela negra -al igual que tu maestro Brecht- para escribir textos de tanta hondura, poesía y profundidad analítica.

Cuando algunos de tus detractores siguen insistiendo que los tuyos no son textos dramáticos, yo les contesto que hay más posibilidades escénicas en una página tuya que en un acto entero de palabrería estéril en tantos autores de ayer y de hoy. Lo que ocurre es que ante esa textualidad hace falta una nueva mirada y por tanto una propuesta escénica cargada de exploraciones y riesgos. Y ahí es donde nuestro teatro no está para esos trotes: los clásicos rebajados en su carga de profundidad, adornados con recursos las más de las veces infantiloides; comedias musicales al alcance de cualquier cerebro dis-

puesto a evadirse a toda costa de los problemas cotidianos, autores que triunfan en los circuitos comerciales del extranjero ignorando la dramaturgia nacional arriesgada o simplemente comprometida con la realidad, obras de consumo inmediato para usar y tirar, culebrones heredados de modelos televisivos. Hoy en suma, en nuestros escenarios casi cualquiera puede ser actor, director o autor, ya que el teatro no es un fin en sí mismo, sino un medio para reutilizar a personajes que ya triunfan en otros medios de comunicación. Tu lección de dignidad es difícil de entender en una sociedad en la que triunfa la incomprensible levedad del pensamiento. Durante años viviste en la RDA, siendo crítico con su sistema pero contraponiéndolo al capitalismo salvaje del otro lado del muro. Ahora ya no existe el muro y algunos se lanzan a acusarte de colaborador, en otro tiempo, de la policía política. Seguro que quien lo hace sabe mucho de colaboraciones, delación y silencios interesados.

Hoy día de fin de año de 1995 y como tantos otros de los últimos tiempos, no me apetecen las fiestas ni los jolgorios. Por eso, y por que sé que a ti, ahora donde estés, lo que te gustaría es tener al lado una botella



"Macbeth". Dirección: Heiner Müller/Ginka Tscholakowa. Volksbühne de Berlín (1982). (Foto: Adelheid Beyer).



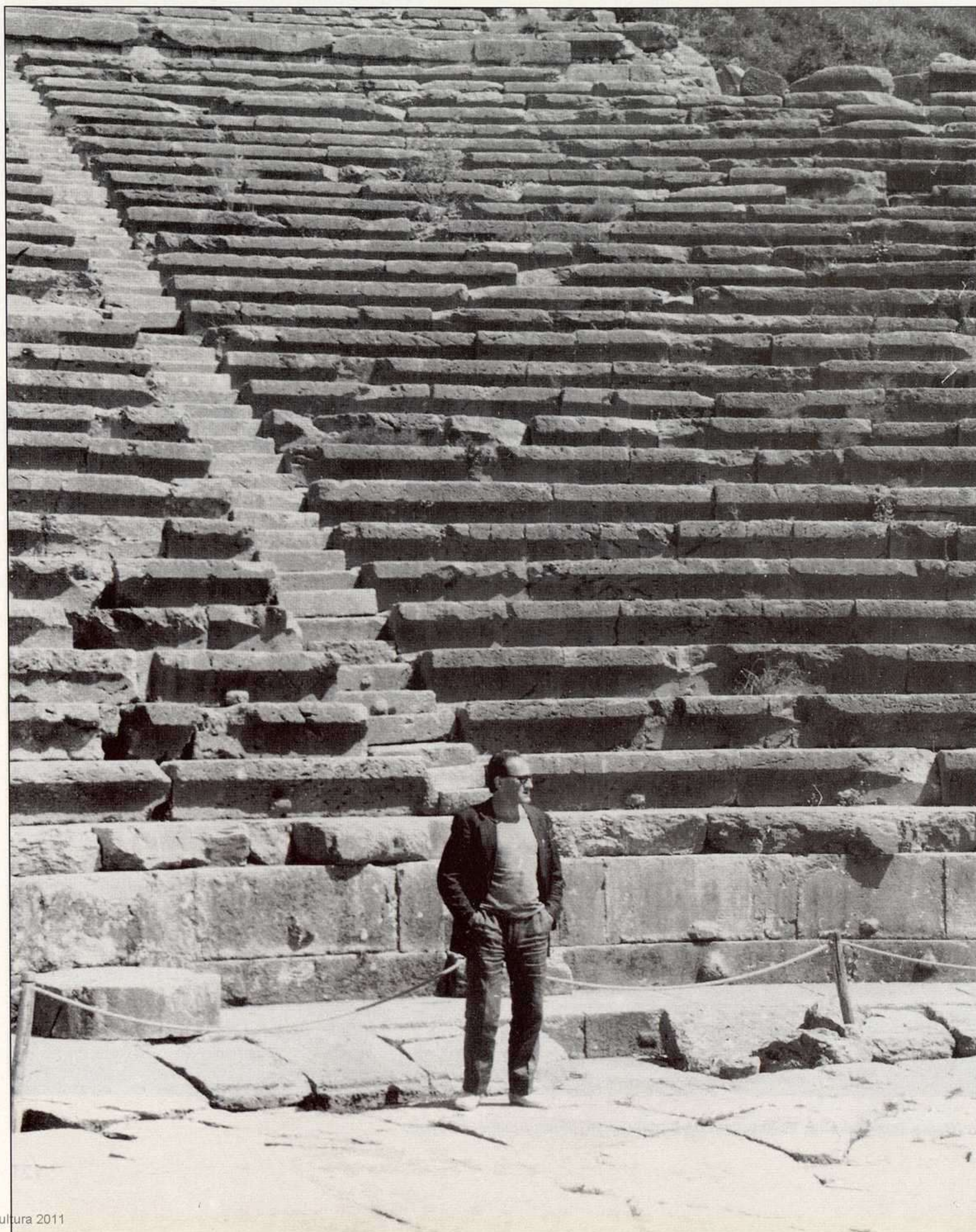
de buen licor y un Cohiba, casi voy a repetir la ceremonia por ti y de paso voy a releer algunos de tus textos que tal vez algún día pueda hacer realidad convirtiéndolos en materia real sobre un escenario. Por eso para terminar, voy a poner aquí unas palabras tuyas pertenecientes a *Paisaje con Argonautas*:

«Queréis que hable de mi Yo quién
De quién se habla cuando
hablan de mi Yo Quien es

Bajo la lluvia de excrementos de pájaros
En el pellejo calcáreo
O de otra manera Yo una bandera un
Harapo sangriento colgando en la venta-
na Ondeando
Entre nada y nadie condicionado a que
haya viento
Yo deshecho de hombre Yo deshecho
De mujer Tópico sobre tópico Yo infier-
no de sueños
Que lleva mi nombre casualmente

MI ABUELO ERA
IDIOTA EN BEOCIA
Yo mi periplo
Yo mi conquista Mi colonización
A través de los suburbios Yo mi muerte
Bajo la lluvia de excrementos de pája-
ros.»

Nació en Eppendorf en 1929 y nos dejó en los lluviosos días del final de 1995. Adiós, amigo.



Heiner Müller en Delfos.
(Foto: Profesor Ernst
Schumacher).